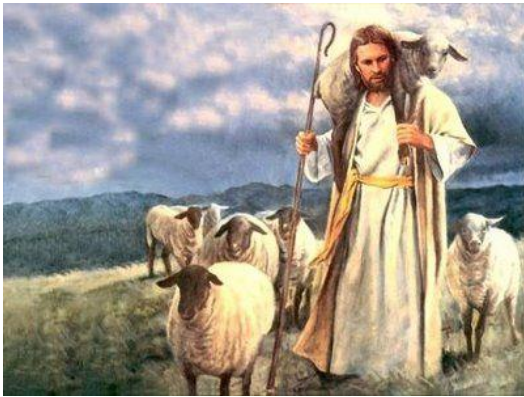


# DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO, CICLO B

## PONDRÉ PASTORES

Por Alfonso Martínez Sanz

Lecturas: Jeremías 23, 1-6; Efesios 2, 13-18; Marcos 6, 30-34



1. Leí un pequeño cuento, del que, como suele ocurrir, puede sacarse alguna moraleja. Venía a decir que un cierto discípulo preguntó a su maestro: *¿debería leer libros de la Biblia?* El maestro le respondió: *el estudio de los Libros Sagrados despertará en ti un mayor anhelo de conocer a Dios, siempre que leas los versículos lentamente, esforzándote en asimilar su profundo significado, e intentado vivir de acuerdo con lo que enseñan.* Pero el maestro

*añadió: cuando la lectura no se acompaña de la práctica que ella contiene, la lectura de la literatura sagrada produce vanidad, falsa satisfacción, y lo que yo llamo una indigestión intelectual.*

Aparte de otras consideraciones, se resalta bien que el maestro dejó muy claras a su discípulo dos cosas. Una era que sí que es bueno leer y conocer lo que enseña la Biblia. Y la otra era que no basta con saber lo que enseñan los Libros Sagrados, inspirados por Dios a ciertos autores humanos, sino que hay que intentar practicar, en la vida de cada día, lo que esos libros mandan y enseñan.

2. Pues bien, en cada Eucaristía, y en la de hoy también, no sólo se lee y escucha la Palabra de Dios, sino que el sacerdote celebrante la comenta, la explica y trata de iluminar con ella acontecimientos o comportamientos que, de una u otra manera, afectan a los fieles. Sería bueno y necesario que, de vez en cuándo, hiciéramos examen de conciencia para ver en qué medida ponemos en práctica las enseñanzas o preceptos contenidos en las lecturas de la misa dominical.

Lo que está fuera de toda duda es que, si no influyen positivamente o influyen poco, nuestra actitud en la Misa no es la correcta, perdemos el tiempo, no escuchamos con atención o, lo que sería peor, no estamos dispuestos a convertirnos y mejorar. Sería esto señal de que nuestro corazón está endurecido y de que estamos rechazando la gracia de Dios, poniéndonos en peligro de no alcanzar la salvación o, al menos, de no alcanzar el grado de perfección y santidad al que Dios nos llama.

3. Las lecturas de hoy, como las de cada domingo, contienen enseñanzas, que todos hemos de intentar vivir con entrega y generosidad, contando con la ayuda de Dios, que siempre nos es necesaria. El profeta Jeremías, en el primer texto escuchado, habla en nombre de Dios y lanza una muy dura diatriba contra

los pastores que no cumplen con la misión de guiar a los hijos de Israel por los caminos de Yahvé: *¡ay de los pastores que dispersan y dejan que se pierdan las ovejas de mi rebaño!* Por otro lado, pone en boca de Dios esta promesa: *Yo mismo reuniré el resto de mis ovejas... y las volveré a traer a sus dehesas..., les pondré pastores que las pastoreen* (a las ovejas de su pueblo).

Tal promesa se cumplió plenamente en Jesús de Nazaret, que afirmó de sí mismo con toda claridad: *Yo soy el buen Pastor. El buen Pastor da la vida por las ovejas; el asalariado, que no es pastor ni dueño de las ovejas, ve venir al lobo, abandona las ovejas y huye... Yo soy el buen Pastor, que conozco a las mías, y las mías me conocen, igual que el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; yo doy mi vida por las ovejas.*

4. Ciertamente Cristo dio su vida por las ovejas, derramando su sangre en la cruz por todos y cada uno de los seres humanos, ovejas dispersas y heridas por el pecado. Pero a este Jesús entregado del todo en la cruz, lo vemos dando su vida también, aunque de otra manera, como aparece en el pasaje de san Marcos proclamado. Según el evangelio escuchado, el Señor experimenta compasión, una profunda conmoción interior, al ver a la multitud de hombres y mujeres que andan *como ovejas sin pastor*. Compasión de Jesús, que brota de su inmenso amor al ser humano y que lo mueve a la acción decidida y comprometida: *se puso a enseñarles con calma*. Veíamos el domingo pasado que Cristo envió, de dos en dos, a los apóstoles a predicar el Evangelio del Reino. Hoy hemos escuchado que *volvieron a reunirse con Jesús, y le contaron todo lo que habían hecho y enseñado*. Cristo, enviando a los apóstoles a predicar, nos viene a decir que los apóstoles y, con ellos, los obispos y sacerdotes participan del pastoreo de Cristo, y que son pastores juntamente con Él, el gran Pastor de su Pueblo, que es la Iglesia.

Dios ha querido poner, como pastores de la Iglesia, a los sacerdotes, que siempre han de estar dando su vida por sus hermanos y sirviéndoles con amor. Sin los sacerdotes la Iglesia no podría cumplir los tres encargos que su Fundador encomendó a los apóstoles: predicar, santificar y gobernar el Pueblo de Dios. Por esta razón, es necesario que niños y jóvenes oigan la voz de Dios, que los llama a dejar *las redes* de su familia, su ambiente, la carrera que habían empezado o la novia que ya tenían, para ir al Seminario, recibir la formación debida y ser ordenados sacerdotes. Conscientes de la importancia del sacerdote para la Iglesia y para el mundo, y conocedores de la crisis vocacional actual, todo hijo de Dios y de la Iglesia tiene el deber sagrado de poner todos los medios lícitos y buenos, que pueda, para promover vocaciones sacerdotales. El primero, y más importante, *pedir al dueño de la mies que envíe obreros a su mies*. Y, junto a la oración intensa y frecuente, hay que invitar con audacia y santo descaro, a cualquier joven y niño con síntomas de vocación, a que se planteen el tema de la vocación para el sacerdocio.

5. Le pedimos a la Santísima Virgen que interceda por la Iglesia para que haya una floración abundante de vocaciones para el sacerdocio y para la vida religiosa.